

## “CON LA IGLESIA HEMOS DADO, SANCHO”

*Ex abundantia cordis, os loquitur.* De la abundancia del corazón habla la lengua. San Mateo; cit. por Cervantes. L. II, Cap. XII de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*.

“Medianoche era por filo, poco más o menos, cuando don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso”. Con estas palabras comienza Cervantes el Capítulo IX de la Segunda Parte del *Quijote*, “donde se cuenta lo que en él se verá”, según lo tituló su autor, sin duda para mover más aún la ya aguda curiosidad de los lectores.

Lo que allí se vé, en primer término, es una bellísima descripción de lo que pudo ser la entrada furtiva de un tan grande loco y otro tan insigne mentecato, como don Quijote y Sancho, en una aldehuela manchega y entre gallos y media noche.

La comezón de citar a Cervantes cuando se habla de Cervantes es algo irremediable aun para el mayor enemigo de las citas. Porque ¿cómo decir mejor lo que fuera la entrada de don Quijote y su escudero en el Toboso que pidiéndole prestadas sus palabras al mismo autor de la máquina?

“Estaba el pueblo, dice Cervantes, en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban a pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara... No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando, rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces, de diferentes sonidos, se aumentaban en el silencio de la noche...”

¿Quién no ha llegado a un pueblo de campo en las horas que preceden al alba, aunque no fuera lanza en ristre como el inmortal manchego, sin experimentar una sensación igual de quietud humana, y bucólico y nocherniego rebullir de animales en domesticidad, a la que trasunta esa felicísima descripción cervantina?

Tropezaba aquí y allí el caballero con tapias y bardales tras-

(1) L. II, Cap. XII de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*.

mutados por su insano imaginar en alcázares y torreones, tras cuyas paredes habría de morar seguramente la Dulcinea de sus ensueños, cuando dió contra un edificio que resultó, resultancia obligada de todas las quimeras del de la Triste Figura, que no era tal alcázar sino la iglesia principal del pueblo.

—*"Con la iglesia hemos dado, Sancho"*. (2)

Allá por el año 1587, caballero también y bastón de mando en ristre como quien va con *vara alta de justicia*, Miguel de Cervantes había entrado por tierras de Andalucía en el pueblo que han hecho famoso, sino lo fuera ya por sus santas mujeres la Condesa de Feria, doña Ana Ponce de León, y doña Leonor de Hínestrosa, los siete más saladísimos y redomados ladrones que ha producido el bandolerismo serrano: los Siete Niños de Ecija.

Había llegado Cervantes a Ecija, y no de noche ni en busca de encantadoras princesas, sino de día y con sol, recaudador de contribuciones para la Armada Invencible, cargo odioso si los hubo en el mundo éste de agente de una Real Hacienda como la española del siglo XVI, cuya rapacidad está por encima de toda ponderación.

Con una piedra en cada mano hubieron de recibir los de Ecija a aquel Cervantes que iba a sacarles su trigo y su aceite y a dejarles, en cambio, papeles a cobrar tarde, mal y nunca, como era de rigor con un Fisco que se movía en medio de un expedienteo interminable y en una más interminable aún lentitud en los despachos, impulsado que era desde el Escorial por las manos marfilinas, exangües y agarrotadas de Felipe II.

No; aquella no era la noche entreclara del Toboso.

Yo me enamoré de noche  
Y la luna me engañó  
Otra vez que me enamore  
Será de día y con sol.

Bajo la descarnada luz del cielo ecijano, los castillos eran castillos, las torres, torres y casas las casas del poblado.

Los malignos encantadores que acecharían, años después, a don Quijote a la vuelta de todos los caminos y detrás de todas las ventas para mudarle las altas y soberanas doncellas en rústicas labradoras y los yelmos de Mambrino en abolladas bacías, no tenían nada que hacer, entre la taimería de aquellos vecinos de Ecija aferrados a sus panes y olivares.

(2) Id., id., id.



El comisario de las galeras de la Invencible, Miguel de Cervantes, lo hubo de conocer muy pronto cuando descargó su vara contra las ciento veinte fanegas de trigo que a su requerimiento le entregara un Pérez, no cualquiera, sino Damián, mayordomo de un Enríquez, no cualquiera tampoco, sino Enríquez de Ribera, don Francisco, clérigo, maestrescuela de la Catedral de Sevilla. Y conste que el susodicho cachicán no dejó de advertir a Cervantes que mirase bien lo que hacía, porque aquel trigo no era un trigo común sino especie sagrada de cereal que no podía tocarse ni embargarse sin caer en todas las excomuniones y paulinas que sobre el sacrílego habían de caer — ¡y vaya si cayeron! — fulminadas por el muy Ilustre Cabildo de Sevilla.

—*"Con la Iglesia, hemos dado, Sancho"*.

Un biógrafo de Cervantes tan enamorado de él y de su obra como lo es Navarro y Ledesma dice, al llegar a este sitio y punto, que Cervantes hubo de exclamar por primera vez, esta frase: *Con la Iglesia hemos tropezado* (3), o bien, *Con la Iglesia hemos dado, Sancho*, que, como hemos visto, es la forma en que se halla en el Quijote.

Estamos muy lejos de creer que la interpretación que pueda darse a la exclamación de don Quijote al tropezar con los muros de la iglesia del Toboso, o mejor aún, según se desprende del texto cervantino, con las tapias del cementerio que, pegado a la iglesia, se asentaba al igual que todos los cementerios de la época, sea otra que la que real y explícitamente se desprende de sus palabras, sin añadiduras ni intención de la que se pudiera colegir ninguna especie de temor de Cervantes al respecto de la Iglesia de Cristo ni de sus miembros, temor que no cabía en su ánimo entero y cristianísimo, y que, en la hipótesis de haber existido, nunca lo hubiera ido a poner en boca de aquel espejo de la temeraria valentía que fué don Quijote de la Mancha.

Muchos son, sin embargo, quienes por insuficiencia en la interpretación de los sentimientos de fe y religiosidad de los escritores contemporáneos del Siglo de Oro, se aferran a presentar la sumisión de Cervantes a la Iglesia Católica como algo entre acomodaticio y medroso, calor de éxito, por un lado, que el favor clerical prestaba, sin duda, en una sociedad fervorosa y creyente; y el temor, por otro, a las excomuniones, torturas, autos de fe, con que la medrosa imaginación popular llenaba entonces, como

(3) Cap. XXXII de El Ingenioso Hidalgo, Miguel de Cervantes Saavedra, de Francisco Navarro y Ledesma.

llena hoy, con peor intención que fundamento, las actividades inquisitoriales.

Nosotros nos proponemos probar en este artículo que la frase *Con la iglesia hemos dado, Sancho* no significa en Cervantes estado de ánimo alguno que mueva a reputarlo como temeroso y no deseado encontronazo con la Institución, sino expresión usual y corriente de un sucedido lógico. Para ello nos serviremos de todos los tropiezos que Cervantes tuvo con la Iglesia, no ya a través de su vida, acaso no buscados e involuntarios, a pesar de estar señalada entre el bachiller Serrano, el Cura Párroco de Santa María que recogiera sus primeros vagidos con la pila bautismal el día 9 de octubre de 1547 y el capellán don Francisco Martínez Marcilla que recibió sus últimos estertores el 23 de abril de 1616, pasando por la luminosa figura del trinitario Fr. Juan Gil que lo volvió a la vida de la libertad cuando, luego de cinco años de cautiverio en Argel, se amarraba ya, en la más miserable de las desesperanzas al banco de la galera de Azán Bajá que había de conducirlo a Constantinopla; no en su vida, sino en los voluntariamente ideados por él tropiezos con la Iglesia de los personajes de sus obras. Y no en aquéllas como las *Novelas Ejemplares* o *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda* que enderezados a un fin moral forzosamente tenían que moverse alrededor de la indiscutida e indiscutible Maestra de las costumbres, sino a través del Quijote, cuya diversidad de hombres, cosas, situaciones y caracteres nos brinda un reflejo total del alma cervantina.

En esa su obra cumbre, documento y reflejo fiel de la sociedad española de su tiempo, epopeya prosada de España cesárea e imperial es donde vamos a advertir los sentimientos, voluntariamente expresados de Cervantes hacia la Iglesia a través de los personajes de toda categoría social, frente a todas las situaciones y en todos los momentos en que la vida iba poniendo en contacto a los hombres del siglo de Oro con la Institución que, junto con la Monarquía, constituía los dos polos del ideario cardinal de la época.

Habían acogido los cabreros a don Quijote y Sancho con buena disposición y gentil ánimo. En la noche callada, cabe las chozas rústicas, a la luz del fogón donde hervía el caldero despidiendo el olor sazonado de los tasajos, el caballero sentía la paz de los campos penetrar en él como sedante a las pasadas aventuras.

De la estupenda batalla con el vizcaíno apenas si restaba en su ánimo la visión de las hermosas señoras que, temerosas y desconsoladas por el mal suceso de su escudero, habían prometido, en nombre del malparado, cómo había de acudir al Toboso y ren-



dirse allí a la discreción y voluntad de la sin par Dulcinea.

Todo había sido calma y renunciamiento en la cena bucólica, no al modo artificioso y falso de los idilios de esa literatura convencional y empalagosa que fueron las novelas pastoriles; no al modo de las Dianas, las Galateas, las Filis; de los Elicios, Marsilios y Aurelios, sino al de los cabreros, los de la rústica mesa, tendidas pieles de la majada en torno y groseras ceremonias para ofrecer las viandas o el cuerno que iba y venía por el corro cual arcaduz o cangilón de noria o las bellotas avellanadas y el queso, duro como argamasa, que señalaban el punto de la hartura.

Y fué ante aquellas bellotas que le trajeron a don Quijote a la memoria la edad dorada, fundidos amo, criado y huéspedes en un impulso igualitario que hacía uno de todos, bajo el rutilante parpadeo de las estrellas, cuando tomando los avellanados frutos en el cuenco de la mano y mirándolos atentamente pronunció don Quijote uno de esos discursos magníficos cuyo inicio: "Dichosa edad y siglos dichosos..." ha sido legado al idioma como una de sus más preciosas gemas. (4)

Y cuando precedido por los sonos del rabel, llegóse al fogón Antonio y cantó el romance de sus amores, compuesto por el beneficiado su tío, "porque vea este señor huésped que tenemos, que también por los montes y selvas hay quien sepa de música", (5) los santos fines del matrimonio, que más tarde habrán de verse reiterados en todas las capas sociales, aparecen expuestos allí, primera mención de la Iglesia que hace Cervantes, en la rustiquez pastoril de aquellos hombres:

"No te quiero yo a montón  
Ni te pretendo y te sirvo  
Por lo de barraganía,  
Que más bueno es mi designio.  
Coyundas tiene *la Iglesia*  
Que son lazadas de sirgo:  
Por tu cuello en la gamella,  
Verás como pongo el mío". (6)

Cuenta Cervantes que cuando don Quijote de la Mancha dió fin a su nocturna y descomunal aventura del muerto que llevaban a Segovia, y luego de haber vapuleado a su placer a los sacerdotes acompañantes del féretro, trasmutados por su imaginación en gen-

(4) L. I, Cap. XI de El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha.

(5) Id., id., id.

(6) Id., id., id.

tecilla descortés y mal criada, le hacía tan mala cara la falta de muelas, el hambre y el sacrílego alancear a la luz de los hachones entre el correr fugitivo y a campo traviesa de los descamisados y el rebullir del asotariado acompañamiento, que, Sancho Panza, en un rasgo imaginativo no tan extraños en él como pudiera suponerse de su ánimo sensual y glotona complexión, rebautizó a su señor con el nombre de *El Caballero de la Triste Figura*.

Aceptólo don Quijote a la usanza de los apelativos que otros más caballeros habían establecido por la redondez de la tierra; y quiso honrar aquel su nuevo nombre, antes que la aventura de los batanes lo inmortalizara en el concepto de los siglos, con un acto de devoción y arrepentimiento.

Y fué que al recordar cómo había puesto las manos en sagrado, díjole a Sancho con no mentida convicción:

—“Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *juxta illud: Si quis suadente diabolo*, etc., aunque sé bien que no puse las manos sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía a sacerdotes *ni a cosas de la Iglesia*, a quien adoro y respeto como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y vestigios del otro mundo”. (7)

Véase, pues, cómo pensaba el Caballero de la Triste Figura, a raíz del encontronazo más recio que hubo en su vida con la Iglesia. ¡Cuán lejos estamos del “*Con la Iglesia hemos tropezado, Sancho, y vámonos*”, de una leyenda sin razón ni fundamento.

Infieles y conversos, conversos renegados y renegados sin convertir, menudean en las páginas del Quijote, elementos sociales representativos de una época en que la unidad de la fe, elevada por los Reyes a la categoría de dogma político fundamental de la unidad nacional, campeaba en las ideas, se enseñoreaba de los sentimientos y movía las voluntades hacia situaciones que, la Iglesia, tenía en último término, que reglar y definir.

De cómo Cervantes consideraba esta función rectora y definitiva de la Iglesia que por referirse intrínsecamente a su misión divina no admitía ser compartida con el brazo secular y en la que asumía con integridad plena la responsabilidad de su potencia espiritual y magisterio, nos dan cuenta las conversiones, reducciones acogimientos que aparecen, acá y allá, en distintos capítulos de *El Ingenioso Hidalgo*.

Vamos a ver cómo eran los tropezones con la Iglesia de todos

(7) Id., Cap. XIX, id.



esos miembros muertos o podridos, que acudían a ella en procura de las fuerzas sobrenaturales de la gracia.

Es Zoraida, la hermosa mora, coprotagonista de la historia del Cautivo de Argel, capitán Rui Pérez de Viedma, la que es infiel aún "porque no ha habido lugar para [dejar de serlo] después que salió de Argel, su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase a baptizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que *Nuestra Madre la Santa Iglesia manda...*" (8).

Son los renegados, ahora, que por huir de los horrores del cautiverio, desprecian lo que antes adoraron y adoran lo que antes despreciaron, y abrazan la religión de Mahoma con lo que escapan al trato miserable y atroz de los baños y almacenes donde sus hermanos de ayer pagan la entereza de confesar la Cruz de sus mayores; los renegados, despreciados al infinito por los cautivos que, fieles a su credo, se aferran a la esperanza de un rescate casi siempre imposible; los renegados, cuyas conciencias atormentadas se manchan con crímenes horribles contra sus compañeros de la víspera o se hunden en los abismos de una codicia sin fin en que las riquezas amontonadas les sirven de escudo contra la repulsa universal.

El Cautivo de Argel debe aludir a uno de estos renegados, de tierras de Murcia, que ha de utilizar para su evasión con Zoraida. Y ha de referir el reencuentro de estos desgraciados con la Iglesia: "Con esto (a los testimonios que darles suelen los demás cautivos se refiere) se escapan de aquel primer ímpetu y se *reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño*". (9) Y no importa, dice, que hayan sido cogidos en tierra de cristianos acompañando en la algarada a otros infieles. Basta con que lleven encima las firmas de los que quedaron cautivos para que puedan escapar sin ser molestados y se reconcilien con la Iglesia *sin que se les haga daño*.

Y así este renegado de Murcia que servía de intérprete al Cautivo en su correspondencia con Zoraida, la hija de Agimorato; cuando piensa que habrá de reducirse algún día a la Iglesia, lo hace en términos conmovedores: "de verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la *Santa Iglesia su Madre*, de quien, como miembro podrido, estaba dividido y apartado por su ignorancia y su pecado". (10)

(8) Id., Cap. XXXVII, id.

(9) Id., Cap. XL, id.

(10) Id., id., id.

Renegado de Murcia que, ya en libertad y en tierra de cristianos, luego de estarse en Vélez y hecha la información que le convenía, váse voluntariamente a Granada "a reducirse por medio de la Santa Inquisición al *gremio santísimo de la Iglesia*". (11)

Luego es otro renegado, allá en Barcelona, que regresa a Argel en busca de don Gaspar Gregorio, enamorado galán de la bellísima Ana Félix Ricote. Logrado su objeto el renegado vuelve a la ciudad condal con gran contento de Ricote, su hija, del visorrey y del ya maltrecho caballero andante: "Ricote pagó y satisfizo liberalmente así al renegado como a los que habían bogado al remo. *Reincorporóse y redújose el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento*. (12)

—"*¡Con la Iglesia hemos tropezado Sancho, y vámonos!*" ¡Qué huerca va quedando la expresión al confrontarla con estos tropezones, los más violentos y duros que podían darse contra Ella los miembros muertos o podridos que acudían a golpear las puertas de su perenne misericordia!

Ahora no es don Quijote con su saber ufano y su bien adoctrinada hidalguía ni tampoco las Zoraidas que buscan la Verdad en las enseñanzas de la Esposa ni los miembros que la ignorancia, la cobardía o el pecado arrancaron de su milicia. No, ahora son Sancho y su mujer, Sancho el bueno, el humilde, el simple; Sancho el labriego, iguel a los trece, catorce millones de hombres del terruño que en la España de los Felipes poblaban, en compañía de su Teresas Cascajos y sus Sanchicas y Sanchicos Panzas y Cascajos todos los pueblos, aldeas y caseríos de la Península.

Es Sancho, el soñador, el imaginativo Sancho, que en discreta y graciosa plática con su mujer, la fuerte, aguda y práctica Teresa Panza, aunque Cascajo debiera ser en buena razón, se traza el porvenir de los suyos para los tiempos en que su marido por la misericordia de Dios y el poderoso brazo de su amo, ascenderá a gobernador de alguna ignota Barataria:

—"Pero mirad, Sancho: si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvideís de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya a la escuela, si es que su tío el Abad le ha de dejar hecho de la *Iglesia*". (13)

Y es unos días después, cuando vueltos a campaña caballero

(11) Id., Cap. XLI, id.

(12) L. II, Cap. LXV, id.

(13) Id., Cap. V, id.



y escudero, camino los dos del Toboso, entregados a uno de esos amables y confiados coloquios en que amo y señor se confunden de tal modo que es casi imposible distinguir donde comienza el uno loco y donde le sigue el otro, tan compenetrados viven en sus andantes caballerías. Sancho descubre sin dobleces a don Quijote la trama de su alma en una confidencia que es como la dación de todo lo íntimo de su ser a aquella otra noble alma del caballero, empenachada de un ideal de bondad que atrae como un imán invisible al servidor: "...bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa; y cuando otra cosa no tuviere sino el creer, como siempre creo firme y verdaderamente en Dios y en *todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana*... debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos". (14)

No son tampoco los Sanchos ni las Teresas, los Panzas, ni los Cascajos quienes en boca de Cervantes habrían de decir: "*Con la Iglesia hemos tropezado; y vámonos*".

"En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje..." (15) Es un linaje de las montañas de León el del Cautivo de Argel. El padre, hacendado y montañés, que es decir como dos veces linajudo; liberal y antiguo soldado, que vale decir dos veces pródigo.

Como Sancho y como Teresa, es el viejo hidalgo a quien preocupa el porvenir de sus varones. "Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos... Hay un refrán en nuestra España, a mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la lengua y discreta experiencia; y el que yo digo, dice: *Iglesia, o mar, o casa Real*, como si más claramente dijera: quien quiera valer o ser rico, siga a la Iglesia, no navegue ejercitando el arte de la mercancía, o entre a servir a los Reyes en sus casas..." (16)

Refranes, al fin y al cabo. ¿Quién no los habrá estampado alguna vez aun con el convencimiento íntimo de que son vivencias de un pasado que fué, sin alcance ni significación actual en un mundo que es? ¡Refranes!

Pero... escuchemos unas líneas más lejos: "El menor, y a

(14) Id., Cap. VIII, id.

(15) L. I. Cap. XXXIX, id.

(16) Id., id., id.

lo que yo creo el más discreto, dijo que quería *seguir la Iglesia...*" (17)

A lo que yo creo el más discreto. ¡Vaya qué es decir!

Ya tenemos a Sancho gobernador. Allá en su Barataria acaba de imponerse de la carta del Duque su Señor que le anuncia el asalto furioso que le preparan sus enemigos "no sé qué noche". (18) Mala hora para su ánimo; peor para sus carnes mal sostenidas por los ayunos a que le obliga el médico insular y gobernadoresco, inflexible doctor Pedro Recio y Agüero. Con todo hay que hacer justicia.

El primer suplicante está ya en la antesala. Sancho piensa en lo bien que le caerían ahora de un pedazo de pan y cuatro libras de uva "porque tripas llevan corazón y no corazón tripas" (19); pero ni el pan ni la uva llegan, y la audiencia habrá de comenzar: "¿Sería posible, maestrescuela que agora que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de substancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?" (20) No; no es posible.

Y el peticionante entra. Labrador, de buena presencia, bueno y de buena alma: "Es, pues, el caso, señor, que yo, por la misericordia de Dios, soy casado en paz y en haz de la *Santa Iglesia Católica Romana...*" (21)

¿Sabéis lo que dice Cervantes de este que así se expresa en su comedia y fingimiento? "El bellaco supo hacer muy bien su oficio". (22)

Hidalgos, patanes, labradores... Oigamos ahora a las dueñas; esas pobres dueñas para quienes Cervantes guarda la gotita de hiel que a puro destilar puede encontrarse en sus escritos.

Doña Rodríguez ha asaltado el santuario de todas las castidades que es la alcoba donde don Quijote, mohino y melancólico, vendado el rostro marcado por gatunos arañazos "desdichas anejas a la andante caballería", (23) despierto y desvelado en su lecho, piensa en sus desgracias y en la persecución que le hace la gentil y desenvuelta Altisidora. Doña Rodríguez ha podido llegar, no sin dar y tomar recíprocas garantías, hasta la cama del caballero. Este, acurrucado, hecho un ovillo, todo tapado, con excepción del rostro,

(17) Id., id., id.

(18) L. II. Cap. XLVII, id.

(19) Id., id., id.

(20) Id., id., id.

(21) Id., id., id.

(22) Id., id., id.

(23) Id., Cap. XLVIII, id.



se dispone a escuchar a su intempestivísima visitante: "¿Por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa?" (24). No; don Quijote no las ha querido nunca; Sancho, tampoco; Cervantes, menos. "Puede vuesa merced ahora, dice el caballero, mi señora doña Rodríguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazón y lastimadas entrañas..."

Y doña Rodríguez inicia la historia de sus amores, que es tanto como la historia de sus desgracias, de su viudez, y de sus hábitos de dueña aniquilada y asendereada: "No tratamos tan discretamente nuestros amores que no viniesen a noticia de mi señora, la cual, por excusar dimes y directes, nos casó en paz y en haz de la *Santa Madre Iglesia Católica Romana...*" (25)

Linajes, rústicos, hidalgos, hacendados, dueñas: todo ese mundo que vive y se mueve en las páginas del libro admirable van a su turno dando con la Iglesia.

Más ¿de quién podría decirse aquí "*Con la Iglesia hemos tropezado, Sancho?*"

Ningún sentimiento de temor asoma en los personajes de Cervantes en sus siempre voluntarios contactos con la que, con singular coincidencia, se complacen en llamar la *Santa* y la *Madre*. Dichos sentimientos serán, de amor y devoción como los que hemos advertido hasta ahora; de propia indignidad, quizás, como cuando Sancho dice que "aunque parezco hombre soy una bestia *para la Iglesia*" (26); quién sabe si de pena como cuando, el mismo, afirma que "yo soy inútil *para la Iglesia* porque soy casado" (27); o bien de esperanza, como cuando don Quijote, cuya fe hemos expresado al principio de estas páginas, escucha la voz inesperada y fantasmal de su escudero, caído con su rucio en honda y oscurísima sima de egreso de su gobierno"; ¡Ah de arriba! ¿Hay algún cristiano que me escuche? ¿O algún caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida, de un desdichado desgobernado Gobernador?" (28) y contesta sin vacilar: "...Por eso dime quién eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el Purgatorio, *sufragios tiene*

(24) Id., id., id.

(25) Id., id., id.

(26) Id., Cap. XIII, id.

(27) Id., id., id.

(28) Id., Cap. LV, id.

*nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Romana* bastante a sacarte de las penas en que estás..." (29)

Ni en estos casos, ni cuando ocasionalmente se hacen referencias a sus sacramentos, historia o ceremonias, se menciona a la Iglesia en las páginas del Quijote que no sea en una forma que arroja de sí la más mínima idea de temor, expreso o encubierto, hacia la Institución. Ahí está el relato de los amos de Luscinda y don Fernando, con la llegada a la sala del cura de la parroquia para hacer lo que en tal acto se requiere, tomarlos a los dos de la mano y decir: "Queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda *la Santa Madre Iglesia*?" (30). Así están, por último, don Quijote y Sancho camino de Zaragoza, libre el primero y desembarazado de los requiebros de Altisidora, curado el segundo de ambiciones gobernadorescas, emancipados los dos de la deuda diaria de agradecimiento por el hospedaje de los Duques, y frente a las santas imágenes de relieve y entalladura que, en el verde pradillo, empinadas o tendidas, cubiertas por altos lienzos, habían de constituir el retablo que su portadores armarían en la aldea: San Jorge, San Martín, San Diego; para todos tiene don Quijote una palabra acertada, devota, fiel; pero he aquí, que en el descorrer de los lienzos le toca al que encubría la caída de San Pablo en el camino de Damarco: "Este, dice don Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la *Iglesia de Dios Nuestro Señor* en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás". (31)

En diez y ocho ocasiones, hemos visto, hace mención Cervantes de la Iglesia en la obra inmortal y en todas ellas trasunta una devoción afectísima.

Si de la abundancia del corazón habla la boca, el de Cervantes estaba lleno, en primer lugar de Dios, que aparte de ser lugar común en el relato y habla de sus personajes, se nombra, entre ruegos y exclamaciones, parabienes y juramentos, votos y maldiciones, saludos, despedidas y locuciones, 194 veces en el *Quijote* sin contar los refranes: A Dios rogando y con el mazo dando; A quien Dios quiere bien, la casa le sabe; A quien su humilla Dios le ensalza; Cuando Dios manda, para todos amanece; El hombre pone y Dios dispone; Pues Dios se la da, San Pedro se la bendiga; Quien hierra y se enmienda, a Dios encomienda, que salpican distintos pasajes de la obra.

(29) Id., id., id.

(30) L. I., Cap. XXVII, id.

(31) L. II., Cap. LVIII, id.



Luego de Dios es la patria, España, la que aparece recordada más veces: 44, junto a las otras patrias; la chica, la del hogar, la Mancha y la patria de la ilusión y del afecto, el Toboso, mentadas 24 y 30 veces respectivamente.

Dios, Patria, Hogar y la Iglesia, después, como institución la más y mejor recordada de todas las que en el *Quijote* se mencionan.

*Ex abundantia cordis, os loquitur*: el corazón de Cervantes desbordaba de los grandes amores que en todos los siglos, bajo todos los cielos han hecho la grandeza de los pueblos a través de la grandeza de los hombres. Y entre esos grandes amores, estaba el de la Santa Madre Iglesia con la cual Cervantes no podía tropezar.

¿Y cómo había de hacerlo si la llevaba dentro de sí?